

## Nostalgia por el futbol



**Los bárbaros. Ensayo sobre la mutación,** Alessandro Baricco. Anagrama, Barcelona, 2008, 252 p.

La televisión ha dejado al futbol sin alma, dice el autor del siguiente ensayo. Se ha multiplicado su consumo, en perjuicio del espectáculo deportivo y de su limpieza moral y humana.

**TEXTO: ALESSANDRO BARICCO**

Vamos a ver si es posible hablar de futbol italiano sin citar a Moggi (ya lo he hecho, por tanto la respuesta es no). También es ésta una aldea asediada por los bárbaros. En el sentido de que está muy difundida la impresión de que también ahí se ha perdido el verdadero espíritu del asunto, su rasgo más noble, digamos: el alma. ¿Es verdad o se trata de un cuento? Probablemente, ambas cosas. La nostalgia por el futbol de antaño (nunca está claro, por otra parte, a cuándo se refiere ese antaño) es una nostalgia por cosas completamente diferentes: el partido sólo los domingos, las camisetas con los números del 1 al 11, sin patrocinadores y siempre iguales, hombres de verdad al estilo Nereo Rocco, caballeros como Bagnoli ("éste ya no es futbol para él" se ha convertido en un segundo apellido; en la actualidad se dedica

a la hotelería), jugadores sin representantes y sin azafatas televisivas, entrenadores que dejaban que se manifestara la clase individual, estadios medio vacíos y calendarios menos apretados, Copa de Campeones y no Champions League, la desaparición de los jugadores-símbolo (tan sólo quedan Maldini y Del Piero); como escribía Brera, goles sin bufandas fascistas u hoces y martillos, menos doping y más hambre, menos esquemas y más talento. Estoy sintetizando, pero más o menos es así. Yo añadiría: más limpieza, moral y humana.

Es posible que tengan razón (ciñéndonos a Italia: en otras partes puede ser distinto). Para mí la imagen sintética más fuerte es la de Baggio en el banquillo. Me explico: cuando un deporte, debido a un montón de motivos, se transforma hasta el punto en que se vuelve



ILUSTRACIÓN: ENRIQUE MÁRQUEZ

sensato no hacer saltar al campo a su punto más álgido. En la tristeza de los números 10 sentados en el banquillo, el fútbol refiere una mutación aparentemente suicida.

### Las patas traseras

Por regla general, una catástrofe de este tipo suele remontarse a un fenómeno muy preciso: la llegada de la televisión digital y, por tanto, la ampliación radical de los mercados y, por tanto, la entrada en circulación de grandes cantidades de dinero. En sí misma, la cosa no es errónea: pero, como he explicado, sería necesario que consiguiéramos ver el animal completo en movimiento.

Baggio en el banquillo es la cola que se mueve. El fútbol de Sky son las patas traseras que se agitan en el aire. Pero ¿y el animal completo? ¿Puedes verlo? Intentémoslo utilizando lo que aprendimos con el vino. Con la complicidad de una determinada innovación tecnológica, un grupo humano esencialmente alineado con el modelo cultural del Imperio accede a un gesto que le estaba vedado, lo lleva de forma instintiva a una espectacularidad más inmediata y a un universo lingüístico moderno, y consigue así darle un éxito comercial asombroso.

Vamos a intentarlo: con la invención de la televisión digital, un deporte que había sido para unos pocos ricachones y la televisión del Estado, termina en manos privadas que, siguiendo el modelo del deporte americano, subrayan su carácter espectacular, lo ajustan a las reglas del lenguaje moderno por excelencia, el televisivo, y de este modo consiguen abrir de par en par el mercado y multiplicar el consumo. Resultado aparente: el fútbol pierde el alma ¿Qué dicen al respecto? Me parece que más o menos se sostiene. Es una buena noticia. Empezamos a tener instrumentos de lectura vagamente fiables. Empezamos a poder enfocar con bastante rapidez al animal completo en movimiento. ¿Puedo ayudarles en esta tarea poniendo por un

momento al lado del animal una vieja foto en blanco y negro?

Fiel al dictado de Leopardo, el domingo por la tarde, en nuestras casas de niños turineses/católicos/burgueses, era un momento de elaborada tragedia. El acto de ponerse la pijama, anticipando a las horas del anochecer, como queriendo cortar limpiamente cualquier discusión sobre la posible prolongación del día de la fiesta, nos sumía en una especie de liturgia de la tristeza con la que se nos depuraba de las posibles diversiones dominicales, volviendo a encontrar esa desesperación de fondo sin la que, era una convicción de los Saboya, no podía surgir ninguna auténtica ética del trabajo y, en consecuencia, no podía afrontarse ningún lunes por la mañana.

### Pelota frugal

En ese marco feliz, muchos de nosotros, a las siete de la tarde, encendíamos la televisión, porque había partido. Nótese el singular. Había de hecho un único partido; mejor dicho, medio: retransmitían una parte, en diferido, antes del telediario. Nadie había sido capaz de llegar a comprender con qué criterio lo elegían. No obstante, circulaba el rumor de que la Juve tenía un trato de favor. Y al Toro, pongamos, casi nunca nos lo ponían. A veces seleccionaban partidos que habían acabado con un 0-0, y esto nos sugería la idea de un Poder con una lógica inescrutable y una sabiduría fuera de nuestro alcance.

Naturalmente, el partido era en blanco y negro (algunos, en un conmovedor salto tecnológico hacia adelante tenían una pantalla cuya parte inferior era verde y la superior, no tengo claro el por qué, violeta). Las tomas eran notariales, documentales, soviéticas. Los comentarios eran impersonales y de carácter médico: pero no carecían de un rasgo de locura que iba a marcarnos para siempre.

Dado que el partido no era en directo, el comentarista sabía

perfectamente qué estaba pasando, pero actuaba como si no lo supiera. Tal vez aturridos por el creciente olor a sopita que nos llegaba desde la cocina, dejábamos que prosiguiera, reprimiendo poco a poco lo absurdo y humillante de la situación.

Y entonces, de repente y sin previo aviso, ocurría que, llegados al final de esa parte y forzado por ese telediario que se cernía sobre él, el comentarista, sin cambiar siquiera el tono de voz, destrozaba por completo nuestro sistema mental, soltando frases de este tipo: "El partido finalizó 2 a 1, gracias a un gol de Anastasi, marcado en el minuto 23 de la segunda parte". ¡De repente lo sabía todo! ¡Y utilizaba el tiempo pasado para hablar del futuro! Era absurdo y mortificante: pero, cada domingo, volvíamos allí para que abusaran de nosotros. Porque éramos cerebros simples. Y aquél era todo el fútbol que veíamos en una semana. A veces, algunos afortunados pillaban algún partido de la televisión suiza. Se contaban cosas fantásticas sobre Capodistria, pero no había nada seguro. Y, claro está, íbamos al estadio, pero ¿cuántas veces? Era un mundo frugal en cuanto a emociones y experiencias.

El animal fútbol nos parecía espléndido, y tal vez lo fuera de verdad. No obstante, la verdad es que se le veía poco: y casi siempre estaba quieto, lejano, sobre una colina, hermoso, con una belleza casi sacerdotal. Era el fútbol con el que crecimos. Por aquel entonces, crecíamos con lentitud. •

#### ALESSANDRO BARICCO

Turín, 1958. Escritor. Es autor de las novelas *Sin sangre*, *Seda* y *City*. El texto es un fragmento de su libro *Los bárbaros*. Ensayo sobre la mutación, el cual publicamos con permiso de Editorial Anagrama.